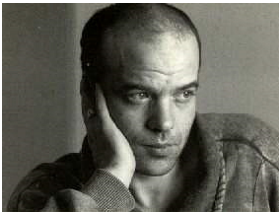


Jesús Ferrero



(Santa Eulalia de Tábara, 1952) Escritor español cuya obra fluctúa entre las alegorías de inspiración oriental y los escenarios decadentes de una Europa recreada con ánimo culturalista. Realizó sus estudios secundarios en Pamplona y Zaragoza; y residió posteriormente en Ginebra, antes de trasladarse a París para estudiar historia de la Grecia antigua. En su primera novela, *Bélver Yin* (1981), desarrolló con estilo contenido y preciso una historia amorosa que bebe en las fuentes de la cultura y las religiones orientales, terreno que continuó explorando en *Opium* (1986) y *Debora Blenn* (1988).

En 1986 publicó una selección de poemas *Río amarillo*, y colaboró con Pedro Almodóvar en la escenificación de la película *Matador*. Posteriormente describió, en *Lady Pepa* (1988), un perturbador triángulo amoroso que tiene como marco una Barcelona sórdida. Después de *El efecto Doppler* (1990) publicó *Alis el salvaje* (1991), cuyo protagonista se busca a sí mismo a través de una Europa medieval fantaseada. Otras novelas son *El último banquete* (1997), *El diablo en los ojos* (1998) y *Juanelo o el hombre nuevo* (2000), que trata sobre la vida del ingeniero e inventor Juanelo Turriano. Ha escrito también los libros de poemas *El río amarillo* (1986), *Negro sol* (1987) y *Ah, mira la gente solitaria* (1988).

Jesús Ferrero: Belver Yin en el templo del impudor

Escribí mi primera novela en 1980, mientras me licenciaba en Historia y trabajaba de portero de noche en el hotel Marigny, cerca de la Madelaine. En el mismo hotel Turgueniev había escrito *Nido de nobles*, en 1857, y allí iban a visitarle a veces Tolstoi y Nekrassov. Más de medio siglo después, Abert Le Cruzar, lacayo del príncipe Radziwill, transformó el Marigny en un burdel de placeres homosexuales, ayudado económicamente por Proust. Muy pronto el escritor convirtió el hotel en el teatro íntimo de sus ceremonias sádicas, y fue en los sótanos del Marigny donde Proust llevó a cabo el ritual de las ratas laceradas con agujas.

Cuando yo trabajaba en el Marigny, el establecimiento distaba mucho de ser el "Templo del Impudor", como llegó a ser llamado en tiempos de Proust, pero algo quedaba de su antiguo esplendor. Un alto porcentaje de sus clientes habituales eran homosexuales, y a menudo acudían prostitutas: unos eran chicas de bulevar, que abordaban a los transeúntes junto al café de la Paix y el Olimpia, y otras procedían de agencias dedicadas a la prostitución de lujo y venían acompañadas de ejecutivos de Arabia Saudita. Solían ser chicas muy hermosas, y tanto ellas como sus clientes buscaban la máxima discreción: en el Marigny la tenían asegurada. Era la norma de la casa: "el que pierde palabras pierde amigos", me decía el amable y hermético propietario del establecimiento, que me trataba como a un hijo y que me dio grandes lecciones sobre el arte de vivir.

La noche es el verdadero alambique de las pasiones, que destila lo mejor y lo peor de nosotros mismos, y es de noche cuando mejor se ve la rueda del deseo. Desde esa perspectiva, la recepción de un hotel se convierte, con el caer de la noche, en el mejor mirador para observar al animal humano. También es un buen lugar para desplegar tus armas psicológicas, si las tienes, y si no las tienes es un buen lugar para adquirirlas. En el Marigny vi toda clase de combinaciones posibles entre cuerpos y personas: parejas, tríos, juegos de cuatro y de cinco, relaciones escandalosamente edípicas, incesto. Se trataba de asuntos a veces transparentes y a veces no, que te ayudaban a comprender mejor la ambigua mecánica del mundo y su alto contenido de

deseo. La imaginación se despegaba porque a menudo la mecánica de la noche la podía superar. Bastaba con tener los ojos abiertos para derivar de esa noche deseante las mejores creaciones de la imaginación, las más audaces y transparentes, y también las más despojadas de esa mezquindad y esa falta de miras en la que a menudo ha caído la literatura realista. Todo lo dicho no convertía la noche del Marigny en una sucursal del infierno de Dante. Muy al contrario, las noches en el Marigny eran suaves como el aire de algunas novelas de Fitzgerald, y se respiraba una gran tranquilidad unida a una intimidad muy especial y a la vez muy parisina.

En esa atmósfera escribí una primera versión de *Bélver Yin*, de una cien páginas, y me fui a Barcelona para pasársela a algunas personas. Tenía a varios amigos en la editorial Bruguera, pero entonces no era fácil publicar sin valedores de peso. Yo tuve la suerte de ser defendido por dos grandes escritores chilenos: José Donoso y Mauricio Wacquez, que junto al editor José Ramón Monreal apoyaron desde un principio su publicación. Regresé a París muy animado y añadí cien páginas más a la novela. Fue en esa segunda versión cuando el texto creció de verdad y se convirtió, tras dos versiones más, en la novela que entregué a la imprenta y que llevará siempre con ella la fragancia ambigua, secreta y cristalina de las noches en que la escribí.

http://www.elcultural.es/version_papel/LETRAS/22943/Jesus_Ferrero-_Bélver_Yin_en_el_templo_del_impudor

La «normalización» de la novela española

La novela española de los últimos veinte años coincide desde el punto de vista de lo que llamamos historia literaria con la aparición y asentamiento del fenómeno que suele denominarse «nueva narrativa española». Bajo esta etiqueta se da cobijo a toda una nueva serie de obras y autores que ofrecen un cambio significativo y reconocible en sus planteamientos narrativos respecto a la novela española de décadas anteriores. La aparición, en los primeros ochenta, de obras como *Belver Yin* de **Jesús Ferrero**, *La media distancia* de **Alejandro Gándara**, *La ternura del dragón* de **Ignacio Martínez de Pisón**, *Luna de lobos* de **Julio Llamazares**, *Las estaciones provinciales* de **Luis Mateo Díez**, *El caldero de oro* de **José María Merino**, o *Beatus Ille* de **Antonio Muñoz Molina** fue prontamente valorada por la crítica como un giro narrativo relevante que se constituyó como corpus narrativo nuclear de una nueva forma de entender la razón y el ser de la novela. Pronto el fenómeno de la nueva narrativa descubrió su pertinencia y capacidad de significación al incorporar no sólo a nuevos autores como **Mercedes Soriano** o **Rafael Chirbes** sino a obras y autores que cronológicamente habían hecho su aparición en años anteriores: **Eduardo Mendoza**, **Juan José Millás**, **Javier Marías**, **José María Guelbenzu**, **Álvaro Pombo**, **Javier Tomeo**, incluidos los autores de otras lenguas del Estado, como los gallegos **Carlos Casares** y **Alfredo Conde**, los catalanes **Quim Monzó** y **Sergi Pàmies**, y el vasco **Bernardo Atxaga**, que con su obra *Obobakoak* lograría un sitio permanente en el mercado lector común. Hoy, en efecto, la crítica ve en *La verdad sobre el caso Savolta*, la primera novela de Eduardo Mendoza, el inicio de ese giro narrativo. Este nuevo movimiento narrativo iba a convivir con la presencia en el mercado literario de novelistas de generaciones anteriores que en muchos casos iban a producir sus mejores obras en estos mismos veinte años, pero, sin duda, el eje narrativo de este período viene determinado por el éxito del nuevo movimiento.

http://cvc.cervantes.es/lengua/anuario/anuario_04/bertolo/p03.htm